

acto, está meditando tu muerte. (*Muriendo.*) Observa cómo acaba: fijate en mí!

SIFREDO.—Díme... adivina, antes de morir, de dónde desciendo, ya que pareces deber á la muerte mayor cordura; adivínalo por mi nombre: me llaman Sifredo.

FAFNER.—¡ Sifredo!... (*Suspira, se levanta y muere.*)

SIFREDO.—Para dar noticias no sirve un muerto. Güeme, pues, mi espada! (*Fafner se ha vuelto del otro lado al morir. Sifredo le arranca la espada del pecho, con lo cual su mano se tiñe de sangre y la retira con un movimiento convulsivo.*) Como fuego quema la sangre. (*Lleva involuntariamente la mano á la boca para chupar la sangre. Cuando mira pensativo delante de sí, le atrae su atención el canto de los pájaros del bosque. Los escucha deteniendo la respiración.*) Me parece que las avecillas me están hablando: claramente oí sus palabras! ¿ obrará esta virtud la sangre que he bebido? Y este raro pajarito, ¿ qué me estará cantando?

VOZ DE UN PÁJARO DEL BOSQUE (*en el tilo*).—Á Sifredo pertenece ahora el tesoro de los nibelungos: oh! si lo encontrase en la cueva! Si quisiera ganar el casco con él alcanzaría los favores del amor. Pero si obtuviese el anillo, dominaría el mundo entero.

SIFREDO.—Gracias, amable pajarillo, por tu buen consejo; voy á seguirlo con gusto.

(*Se va y baja á la cueva donde desaparece.—Mime se acerca poco á poco y mira temeroso por todos lados para cerciorarse de la muerte de Fafner.—Al mismo tiempo viene por el otro lado Alberto, saliendo de las rocas; y observa á Mime detenidamente. Cuando éste ya no ve á Sifredo y se dirige con cuidado hacia el fondo del escenario, Alberto se precipita sobre él y le impide el paso.*)

ALBERTO.—¿ Á dónde tan deprisa y tan astuto, mal compañero?

MIME.—Maldito hermano! Á ti te necesitaba aquí! ¿ Qué te trae?

ALBERTO.—¿ Codicias, ladrón, mi oro? ¿ deseas poseer lo mío?

MIME.—Vete! Este sitio es mío: ¿ qué buscas aquí?

ALBERTO.—¿ Es que te estorbo en este tranquilo negocio de robar?

MIME.—No se me ha de escapar lo que yo me gané con tanta fatiga.

ALBERTO.—¿ Eres acaso tú quien ha robado al Rhin el oro? ¿ ó comunicaste acaso tú al anillo el tenaz encanto?

MIME.—¿ Quién creó el yelmo encantado que trueca las formas? Tú que lo necesitabas, ¿ lo has imaginado bien?

ALBERTO.—¿ Qué hubieras entendido tú de forjar, remendón? ¿ Fué el enano quien confirió al anillo su mágico poder?

MIME.—¿ Dónde lo tienes? Los gigantes te lo han robado. Lo que tú has perdido, lo ganó para mí, mi astucia.

ALBERTO.—¿ De la proeza del joven guerrero quieres aprovecharte, avaro? ¿ Acaso te pertenece?

MIME.—Yo le eduqué y por ello me paga ahora; hace tiempo que espero el premio de mis cuidados y fatigas.

ALBERTO.—¡ Por la educación del muchacho se atreve este avaro vil á pretender, presumido y desvergonzado, el ser ahora rey! Al perro más leproso le vendería el anillo antes que á ti; nunca lo alcanzarás, miserable contrahecho.

MIME.—Quédate con él: guárdalo bien... el brillante anillo. Sé tú su dueño, pero llámame hermano. Te lo cedo en cambio de mi yelmo; á los dos nos pertenece; repartámonos así el botín.

ALBERTO (*con risa burlona*).—¡ Repartirlo contigo! ¿ y precisamente el casco es lo que quieres? ¡ Qué listo! Nunca dormiría tranquilo de tu traición.

MIME (*fuera de sí*).—¿No quieres ni siquiera cambiar?
¿ni siquiera repartir? ¿Tengo que irme vacío, sin re-
compensa alguna? ¿no quieres cederme nada?

ALBERTO.—Nada; no te llevarás ni siquiera un clavo.

MIME.—Pues ni anillo ni yelmo has de llevarte; ya
no quiero repartos. Contra ti reclamaré el consejo de
Sifredo y la espada del valiente: júzguete él.

ALBERTO.—Vuélvete, ya viene de la cueva.

MIME.—Seguramente habrá escogido algún juguete
infantil.

ALBERTO.—Trae el casco!

MIME.—Y también el anillo!

ALBERTO.—¡Maldición! también el anillo!

MIME (*riendo maliciosamente*).—Haz que te lo entre-
gue! Ya me lo sabré ganar.

(*Se vuelve al bosque.*)

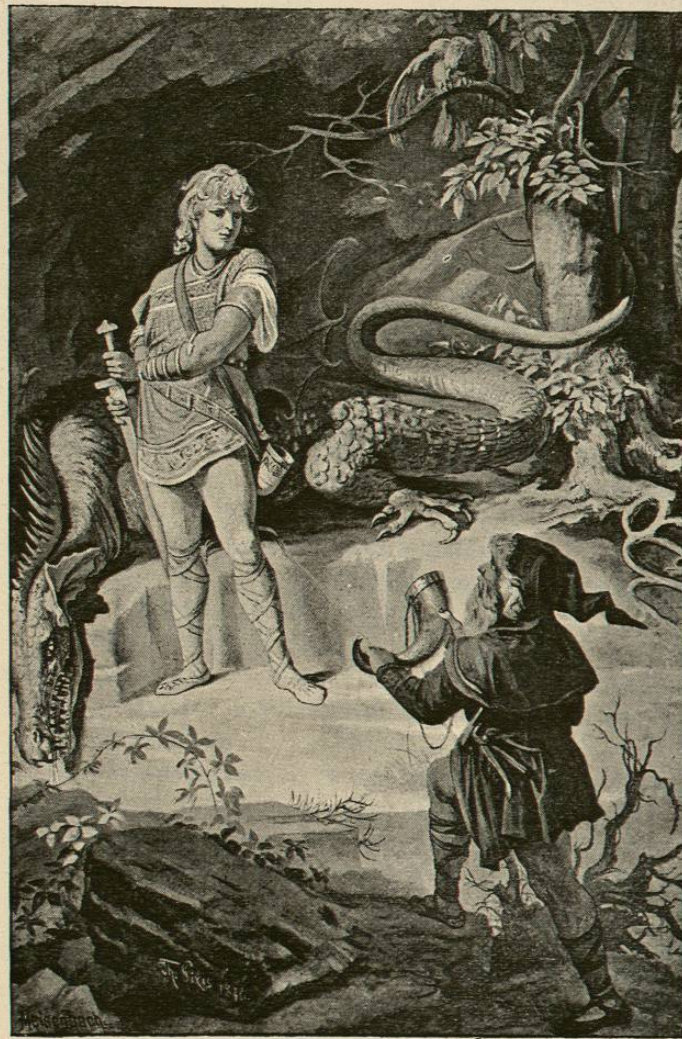
ALBERTO.—No obstante, á su dueño ha de pertene-
cer tan solo.

(*Desaparece entre las hendiduras de las rocas.*)

(*En esto, Sifredo ha salido de la cueva con el anillo y el
casco, despacio y pensativo; mira atento su botín y se
para en la altura, cerca del árbol. Reina gran silencio.*)

SIFREDO.—No sé de qué me sirven; pero os tomé del
montón de oro, porque así me lo indicó buen conseje-
ro; sea, pues, vuestro adorno testimonio de mis ha-
zañas. Á mí me recuerdan estos juguetes que pelea-
ndo vencí á Fafner, pero que no aprendí á temer.

(*Se cuelga el casco del cinturón y coloca el anillo en el
dedo. Silencio. Creciente movimiento en el bosque. Si-
fredo vuelve á reparar en el pájaro y le escucha detenien-
do la respiración.*)



VOZ DEL PÁJARO (*en el tilo*).—Á Sifredo pertenece ahora el casco y el anillo! Oh, que no se fie de Mime el traidor. Si Sifredo oye atento las palabras del ladrón, comprenderá sus propósitos; para esto le habrá servido haber chupado la sangre.

(*Los gestos y la expresión de Sifredo demuestran que lo ha entendido todo bien. Ve cómo se le acerca Mime y permanece inmóvil, apoyado en su espada, mirándole ensimismado, y se queda en su sitio en la parte más elevada del escenario hasta el final de la siguiente escena.*)

MIME (*saliendo poco á poco*).—Piensa y pesa el valor del botín: quizás pasaría por aquí algún sabio viajero y persuadiría al niño con astutos consejos. Pues doblemente astuto tiene que ser ahora el enano; voy á echarle el lazo; voy á engañarle con amistosas frases. (*Se le acerca.*) Bien venido, Sifredo. Dime, valiente, ¿has aprendido ya á temer?

SIFREDO.—Aún no encontré al maestro.

MIME.—Pero al dragón, bien le mataste. Este sí que era un mal compañero.

SIFREDO.—Á pesar de su ferocidad y astucia, me da su muerte pena, pues viven aún tantos malvados! Tengo más odio á quien hizo que lo matase, que al mismo dragón.

MIME.—Poco á poco. Ya no me verás mucho más; pronto te cerraré los ojos para el sueño eterno! Hiciste lo que necesitaba; ahora sólo quiero ganarte el botín; y me parece que lo lograré, porque no es difícil engañarte.

SIFREDO.—¿De modo que estás pensando en hacerme algún daño?

MIME.—¿Cuándo he dicho eso? Oye, Sifredo, hijo mío, á ti y á tu raza siempre os odié; no te eduqué á ti por amor, sino para alcanzar el tesoro de Fafner, que era lo único que deseaba. Conque, si no me das

á buenas el oro, Sifredo, hijo mío,... tú mismo puedes figurártelo... me tendrás que dar la vida.

SIFREDO.—Que me odias lo oigo con gusto; ¿pero la vida tengo que darte?

MIME.—No digo esto, me entiendes mal. (*Se ve que se da todo el trabajo posible para disimular.*) Tú estás cansado de la esforzada lucha; ardiendo está tu cuerpo; no dejé de prepararte refrigerante bebida para apagar tu sed. Mientras forjabas el acero, la preparé: si la bebes, ganaré tu espada querida y con ella el casco y el anillo. (*Con risa forzada.*)

SIFREDO.—¿De modo que quieres robarme lo que yo me he ganado, el anillo y el botín?

MIME.—Me entiendes mal. ¿Acaso no hablo claro? Pongo el mayor cuidado en ocultar mis secretos pensamientos y tú, torpe, todo lo entiendes al revés. Oye bien y entiende lo que quiere decir Mime! Toma, bebe y refréscate! Muchas veces te animó ya mi bebida, y aunque hacías ascos y la recibías de mal humor, siempre la tomaste.

SIFREDO (*muy tranquilamente*).—Una buena bebida me gustaría; ¿cómo has hecho esta?

MIME.—¡Ah! pues entonces bebe y fíate de mi arte! Con esta bebida pronto se te anublarán los sentidos y en seguida se te estirarán los miembros. Estando tú tendido, fácilmente podría quitarte el botín y esconderlo, pero al despertar nunca estaría seguro de ti aunque tuviese el anillo. Por esto, con la espada á que tú mismo tan buen filo le diste, le corto al niño la cabeza; y así tendré tranquilidad y tesoro.

(*Vuelve á reirse con esfuerzo.*)

SIFREDO.—¿Mientras duerma quieres asesinarme?

MIME.—¿Esto he dicho? Yo no quiero, hijo mío, nada más que cortarte la cabeza! Porque aunque no te odiase tanto y no tuviese tanto que vengar, por tus insultos y la vergonzosa pena que por ti me he

tomado: no puedo tardar ya más en quitarte de en medio; ¿cómo podría, sino, alcanzar de otro modo el botín, puesto que Alberto también lo quiere? Toma y bebe, mi welsa, hijo de lobo, traga y muere: ¡esta es la última vez que bebes!

(*Se ha acercado á Sifredo y le ofrece con importuna amabilidad un cuerno que había llenado con el líquido de la vasija. Sifredo coge la espada y cediendo de pronto á la repugnancia que le causa el enano, le tiende muerto de un golpe. Sale Alberto de las rocas riéndose con risa burlona.*)

SIFREDO.—¡Ya has probado mi espada, charlatán repugnante! Nothung pagó una deuda de envidia: para esto se forjó. (*Coge el cadáver de Mime y lo arrastra á la gruta y lo arroja dentro.*) Aquí en la cueva, descansa sobre el tesoro! con astucia obstinada quisiste alcanzarlo: ¡ahora goza de tu deseo! También te daré un buen guardián que te proteja de ladrones. (*Hace rodar el cuerpo del dragón muerto hasta la entrada de la cueva, de manera que ésta queda del todo cubierta.*)

¡Yace tú también, aquí en la cueva, oscuro dragón! Guarda este brillante tesoro en compañía de tu enemigo: ¡así ambos encontrasteis al fin tranquilidad! (*Después de este trabajo vuelve á aparecer. Es medio día.*) ¡Cansancio y calor me ha causado tanta fatiga! hirviendo me circula por las venas la sangre; la frente me quema la mano. El sol está ya muy alto: desde el claro azul del cielo caen sus rayos sobre mi cabeza. ¡El verde tilo me prestará su grata sombra! (*Se tiende otra vez debajo del árbol. Profundo silencio. Movimiento en el bosque. Después de largo silencio.*) Otra vez escucharía, amable pajarillo, después que nos han interrumpido, tu grato gorjeo: te veo contento mecerte en las ramas; tus hermanos y hermanas te rodean alegres y cariñosos! Pero yo estoy tan solo! no tengo ni hermano ni hermana, mi padre pereció, murió mi

madre; ¡nunca vieron á su hijo! Mi único compañero fué un enano repugnante; nunca nos unió el amor; lazos traidores me tendía el astuto: ¡hasta he tenido que matarle!

Á ti pregunto ahora, alegre pajarillo: ¿podrás darme un buen compañero? ¿quieres decirme quién sería el mejor? ¡Lo he buscado muchas veces, pero siempre en vano! tú lo encontrarías mejor! Una vez me aconsejaste ya muy bien: ¡canta, te escucho! (*Silencio; luégo*):

LA VOZ DEL PÁJARO.—¡Ay! Sifredo mató al enano malvado! Ahora sé para él la más hermosa mujer. Duerme en altas rocas rodeada de fuego: ¡si atraviesa las llamas y despierta la doncella, Brunilda será suya!

SIFREDO (*se levanta sobresaltado*).—¡Oh! cómo me abrasa tu dulce canto! cómo me devora el pecho! se me agita y estremece el corazón: ¿qué siento? ¡dímelo tú, buen amigo!

EL PÁJARO.—Alegre en mi pena, canto el amor; en delicias y en desdichas se mece: sólo los que anhelan por él entienden mi trinar!

SIFREDO.—Me siento impelido á salir del bosque para ir á la roca! Dime otra vez, cantor amable: ¿podré atravesar el fuego? ¿Podré despertar á la novia?

EL PÁJARO.—¡Ningún cobarde obtiene la novia, ni puede despertarla; sólo será de aquel que nunca supo lo que era temor!

SIFREDO (*riéndose*).—Ese muchacho torpe, que no sabe lo que es miedo, pajarillo mío, ese soy yo! Hoy mismo me afané inútilmente por aprenderlo de Fafner. Ahora quisiera que me lo enseñase Brunilda: ¿cómo encontraré el camino que me conduzca al peñón? (*El pájaro revolotea sobre Sifredo y se va volando.*)

SIFREDO (*alegre*).—Tú me enseñas el camino: ¡allí á donde vuelas te seguiré! (*Corre tras del pájaro.*)

CAE EL TELÓN



ACTO III

Paisaje desierto al pié de una montaña de rocas, que por el lado izquierdo descendiendo formando una cuesta muy empinada. Es de noche; viento, rayos y truenos. Á la entrada de un portal en forma de gruta se halla en pié el Viajero.

EL VIAJERO.—¡Alerta! ¡Alerta! ¡Wala, despierta de tu largo sueño! ¡Yo te llamo, sube! sal de esta oscura gruta! Erda! Erda! mujer eterna! abandona tu profunda morada y ven aquí á la altura! entono la canción que ha de despertarte; cantando te despertaré de tu sueño. ¡Mujer que todo lo sabes! que existes desde que hay mundo! Erda! Erda! mujer eterna! vela! despierta!

(*La gruta ha empezado á iluminarse: envuelta en una nube azul sube Erda, del fondo. Parece estar cubierta de escarcha; sus cabellos y vestido brillan con centelleante resplandor.*)

ERDA.—Fuerte resuena tu canto; el poder del hechizo es grande; ¿quién me privó de mi letargo?

EL VIAJERO.—Yo, que acostumbro á despertar á quien domina profundo sueño. He recorrido todo el